

EISENHOWER--LOS BRAZOS ABIERTOS--CRUZA LAS CALLES DE MADRID

IMPRESIONANTES MANIFESTACIONES DE JUBILO Y ADMIRACION

La base de Torrejón de Ardoz estaba preparada ayer, desde muy temprano, para recibir al presidente Eisenhower. A las cuatro y diez de la tarde entró en la pista central de aterrizaje el jefe del Estado español. Le precedió la conmovición de los clarines y de las voces de mando. El Caudillo vestía uniforme de capitán general. Inmediatamente después pasó revista a las fuerzas españolas y norteamericanas que le rindieron honores, e iban a rendirselo al presidente de los Estados Unidos. El día es plomizo. Acaso algunos haces de luz pálida logran horadar la espesura del cielo. Hace frío. De pronto se oye el ronquido del avión presiden-

cial. Las tribunas de invitados y del público, que va a ser uno de los memorables protagonistas de la jornada, están totalmente repletas. Los minutos, los segundos que transcurren ahora son de una expectación increíble. Toma tierra el avión esperado, y avanza lentamente. Traza una gran curva y se acerca, cada vez más pausado, al lugar elegido de antemano.

Son las cuatro y veintidós de la tarde. Sobre el aparato parpadean algunas luces rojas. Silban los reactores. Al fin, el avión se detiene. Acercan rápidamente una escalera rodante a la portezuela de proa. Descienden los pilotos, y al instante aparece la figura conocida de Dwight Eisenhower, presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. Una enorme ovación estalla en las tribunas cuando el presidente abre los brazos y traza en el aire el entrañable gesto de la paz. Viste un traje azul marino y un abrigo del mismo color. El sombrero, que ha agitado varias veces, es negro. El jefe del Estado le estrecha la mano al pie de la escalera y le da la bienvenida. Ambos ascienden a una breve tribuna. Estamos a diez metros y podemos ver muy bien el rostro de este poderoso anciano, que sonríe emocionadamente. Sucenan los himnos de los Estados Unidos y de España. El Jefe del Estado saluda militarmente, mientras el Presidente se mantiene firme con la mano derecha a la altura del pecho. Luego pasan revista a las tropas. Eisenhower saluda a los miembros del Gobierno español, y sube de nuevo, con el Caudillo, a la tribuna de la gran recepción. Dan las cuatro y media. Franco pronuncia unas palabras, que son traducidas. A continuación habla Eisenhower. Su voz es segura, tundida a veces por un temblor. Su gesto es amable. También es traducido su saludo.

Los dos Jefes de Estado suben a un coche descubierto a las cinco y cuarto de la tarde. Luego de una brevísima visita a la base de Torrejón emprenden el camino de Madrid. Dos helicópteros vuelan constantemente por encima de la caravana, a la que precedemos a una velocidad aproximada a los noventa kilómetros por hora, con objeto de lograr alguna ventaja. La presencia jugitiva e inquietante de estos extraños in-

sectos voladores va anunciando a las gentes del camino que Eisenhower se acerca. Miles de niños agitan las banderas de los dos países. Desde el mismo Torrejón comienzan a verse a los lados de la carretera grandes grupos que esperan ese formidable segundo en el que habrán de lanzar el grito de bienvenida.

Recorremos la autopista de Barajas como un vértigo y llegamos a la plaza de Castellar. La muchedumbre hierve de impaciencia. El gran arco de triunfo se levanta verde y gentil y enmarca la claridad lívida del atardecer, que pone un halo resplandeciente en torno al escudo madrileño iluminado. Aquí espera el Ayuntamiento de Madrid. A la izquierda de la hermosa plaza está formada la guardia de honor a caballo. Son caballos negros y blancos que piafan y se revuelven indómitos. Cruzan una y otra vez los helicópteros. Los niños, los hombres, las mujeres y los ancianos sonríen y gritan, levantan los brazos y piden fotografías a los "cámaras" norteamericanos, que dicen a todos "hola", "hola", "hola". Todo es hondamente entrañable en este magnífico momento. Sobre el arco de triunfo está la gran efígie

de "Ike", el buen amigo—buen madrileño también—, que lleva un clavel en el ojal.

A las seis y diecisiete minutos entran en la plaza los motoristas. Les saluda un enorme grito. Muchos niños han podido atravesar el compacto gentío y se han desparatado por los parterres. Llenos de gozo, saludan a los informadores norteamericanos con un inglés mimético e improvisado. Da lo mismo.

Y llega Eisenhower, de pie en el coche abierto, a la derecha del Jefe del Estado. Es un puro delirio, un grito unánime que estalla y circunda la plaza, donde el Ayuntamiento de la capital la ofrece al presidente. Los nombres de Franco e Eisenhower cruzan por el aire entrelazados como las banderas. Eisenhower levanta sus brazos y mira a todos, torna a mirar los brazos que se adelantan y gira sobre sí mismo; sonriente, infatigable y hermoso, como los héroes, y hay en su circular saludo algo que al espectador español le resulta conocido, algo que comprende desde hace siglos y que le arranca la voz más propicia de su sangre.

Se pone en marcha la comitiva. A las seis y un minuto pasa Eisenhower por Colón. A las seis y cinco minutos, por Cibeles. Es ya de noche. Refulge la hermosa v.a de Madrid con miles de luces. Una mujer, muy joven, levanta en vilo a un niño que lleva en su diestra una banderola norteamericana y lo adelanta hacia el Presidente. Eisenhower mira a la mujer y al niño y abraza varias veces el aire, como si abrazara a aquel minúsculo madrileño. Vemos muy cerca, quizá a ocho metros, el rostro del Caudillo. Brilla en sus ojos el orgullo y la emoción que le produce el incalculable fervor de este Madrid—apasionado y justo—, que tantas veces, en el curso de su historia, ha luchado y ha muerto por la paz. Los gritos de "Ike" y de Franco son una voz continua, estremecida y ronca que no cesa.

A las seis y cuarto pasamos frente al cine Capitol. Hay un momento en que las aclamaciones ocultan el ruido de los motores, que podemos adivinar rugientes y enfebrecidos por la lentitud que le impone esta verdadera marcha triunfal. Vemos ya el nombre vertical de "Ike" trazado con ventanas iluminadas sobre una fachada de la Torre de Madrid. Vemos a centenares y centenares de personas encaramadas sobre las marquesinas de los hoteles. Vemos a miles de personas emprender grandes y desahucadas carreras para contemplar el paso del Presidente y de Franco una vez, y otra, y otra. La noche ha cerrado. Los fogonazos de los fotógrafos descubren a ráfagas el rostro próximo de Eisenhower, cuyos ojos parecen humedecidos. No ha habido, y esto lo sabemos porque nos lo han dicho quienes bien lo saben, no ha habido en Oriente o en Occidente un recibimiento como éste. ¿Serían un millón los que a Eisenhower aclamaban, de Madrid y de fuera de Madrid? ¿Serían millón y medio? Los periodistas de América decían que millón y medio... Las multitudes, como las olas del mar, no están sujetos a leyes matemáticas...

Llegamos a la calle de la Princesa. Comienza a caer aguaniève. El frío es intenso. Eisenhower sonríe y sonríe, y abre sus brazos. Franco corresponde a las infinitas aclamaciones del pueblo. Comienzan a repicar unas campanas. Son las de la iglesia del Buen Suceso. Cerca de un millón y medio de personas—y acaso nos quedemos cortos—, desde Torrejón a la plaza de la Moncloa, han dado a Eisenhower la bienvenida más hermosa que puede imaginarse. Cruzamos ante el Ministerio del Aire, soberbiamente iluminado. Llegamos al fin del trayecto. Poco después Eisenhower y Franco penetran en el Palacio de la Moncloa.

Han sido dieciocho kilómetros. Son las siete y cuarto de la tarde.